

CASTILLOS DE GUADALAJARA

EL TORREON DE SACEDA

Por JOSÉ SANZ Y DIAZ

Estaba de vacaciones en la aldea y había salido una tarde de paseo por los alrededores del caserío. Me acompañaba, como de costumbre, la camarilla de señoritos del pueblo.

Avanzamos por la reciente carretera hasta cruzar Saveda, dehesa comunal cubierta entonces de pinos y robledales, pues teníamos el propósito de visitar los restos de unas murallas ciclópeas que se elevan en la árida cima de una montañuela, precisamente sobre el barranco conocido por «El Rincón» y en cuyos riscos se estrellan las aguas que bajan del *Prado de la Lobera*.

Llegamos al desfiladero. Mis ojos exploraban inquietos aquel rincón de la dehesa, agreste, árido, salvaje, manchado a lo lejos por las esbeltas siluetas de los pinos y por los robustos troncos de los chaparros, cuyas raíces se aferraban como garras a los intersticios de las rocas gigantes. Las carrascas y los cardos silvestres aflaban sus púas en la base de los peñascos, donde crecía el té montaraz, de sabor amargo y fuerte aroma. En los canchales de la solana ocultábanse rápidos los lagartos de verde torso, asustados por el ruido de nuestras pisadas. Los gamones lucían el albor de sus flores espléndidas—los clásicos asfódelos—y la triste amarillez de las suyas el tárrago.

Involuntariamente me abandoné a la contemplación de aquel gran espectáculo, que ya había visto de niño, como en una ilustración fantástica soñada por Gustavo Doré. El sol hundíase con rapidez en el ocaso y sus últimos destellos ponían en las rocas amarillos tonos de leyenda.

Al bordear uno de aquellos riscos, arrancados de su cimiento por el capricho de un titán, distinguí los murallones (únicos en España, después de los de Tarragona), terriblemente mutilados por la acción de los siglos y la mano del hombre, que construyó a su abrigo un rústico albergue pecuario.

Las imponentes ruinas, formadas por varias hileras de sillares de colosales proporciones, desbastadas ligeramente en su cara exterior, sin argamasa ni ligazón de clase alguna, se alzan en lo más alto de una roca de 100 metros de elevación, cortada a plomo sobre el barranco, donde anidan los reptiles y los cuervos. Por el lado Norte, yermo y dorado por los últimos rayos del sol, es fácil el acceso.